

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 58 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero y D. Quintín Zavalde.

PARTE EXTRANJERA.

Los diarios italianos y franceses, y especialmente los que son adictos al Gobierno de Florencia, hablan con gran interés del proyectado viaje de Vegezzi a Roma. A la raíz de la famosa circular de Ricasoli, en que el Gobierno de la Italia una protesta de su respeto al Papa y a su necesaria independencia para el ejercicio de su ministerio espiritual, el fingido celo de los italianismos por el arreglo de los asuntos espirituales del reino, está muy en su lugar. Un diario de París dice muy oportunamente que el Gobierno de Florencia quiere hacer con la cuestión romana lo mismo que ha hecho con la batalla de Lissa: salvar las apariencias, y echar sobre otro la responsabilidad.

Ayer verían nuestros lectores la noticia que ha dado el *Corriere italiano* respecto al resultado de la comisión preliminar confiada a un eclesiástico. No nos atrevemos a negar rotundamente que el tal eclesiástico no haya sido enviado a Roma; pero lo que no creemos bajo la fé de aquel diario, es que haya sido recibido por Su Santidad. Esperaremos a que se confirme por conducto más fidedigno.

El telégrafo nos comunicó que la *Gaceta de Florencia* ha anunciado en su número de anteayer, que el comendador Vegezzi se niega a ir a Roma a causa ó a pretexto del mal estado de su salud. Vegezzi habrá creído tal vez que su comisión se reduciría a representar una farsa sin resultado ninguno, y recordando el éxito de la comisión del año anterior habrá dicho para su capote: «Basta de bromas.»

Y en verdad qué garantía tenemos de que el Gobierno del reino italiano haya cambiado de modo de pensar acerca de los asuntos eclesiásticos? ¿Acaso de la vuelta de los Obispos ausentes a sus diócesis? El Gobierno de Florencia no ha hecho a lo sumo otra cosa que poner fin a una injusticia, y esto de una manera no completa. El Arzobispo de Milán, monseñor Balerini, el Cardenal Guidi y otros siguen aun alejados de sus diócesis.

Ni ese acto de rigurosa justicia del Gobierno italiano ha sido motivado por un cambio de opiniones en favor de las doctrinas católicas. Si alguien duda de ello, basta leer las circulares de Ricasoli, la misma exposición de motivos de aquella en que permitió a los Obispos regresar a sus diócesis, para convencerse de lo contrario. Las doctrinas y principios católicos reciben allí nuevo ultraje.

Nada, absolutamente nada ha ocurrido desde la caída del ministerio Lamarmora, durante el cual fué Vegezzi a Roma, que pueda hacer creer que el Gobierno de Florencia se ha separado un paso del sistema revolucionario ó que la revolución haya abandonado sus constantes pretensiones. La revolución quiere apoderarse de Roma y con Roma del Papa, del Papa subyugándole a su voluntad é incapacitando para enseñar la verdad, lo que quiere la revolución es un Papa que desgarre el *Syllabus* y la *Enciclica* y que proclame como norma de conducta los principios modernos.

Hay, sin embargo, quien está siempre dispuesto a aparentar lo que no es posible suponer que crea, y quien se complace en hablar de los deseos de conciliación que animan al Gabinete de Florencia, en los momentos mismos en que está dando muestras de su mayor encarnizamiento contra el Papa. El periódico bonapartista la *France* nos comunica como pormenores en extremo interesantes, acerca de la comisión de Vegezzi, varias paparruchas que ni siquiera tienen apariencia de verosimilitud. Entre otras, la de que las negociaciones que se entablen en Roma, no se concretarán a cuestiones puramente religiosas, sino que se entrará en el fondo mismo del debate que se agita entre la Santa Sede é Italia y se tratará para el arreglo de las cuestiones pendientes de Gobierno a Gobierno, lo cual, añade, sería un reconocimiento formal por Italia de la soberanía pontificia.

En primer lugar, entre la Santa Sede y el reino de Italia no se agita debate ninguno, porque la Iglesia no quiere discutir con sus despojados acerca del despojo; y en segundo lugar, ¿a quién trata de hacer creer La *France* que la Italia una reconocerá la soberanía pontificia? ¿Quién sabe más en este asunto, La *France*, ó Ricasoli que dice que va a hacerse el último experimento sobre la vitalidad de su principado, que es contrario al progreso de los tiempos?

Como prueba de las buenas intenciones que atribuye La *France* al Gobierno de Florencia, podemos citar el hecho siguiente. En uno de los pueblos cercanos al territorio pontificio, han sido acogidos sesenta desertores de la legión de Antibes. La municipalidad da a cada uno un franco diario, y les ha prestado un local donde han establecido un cuartel, no sólo para alojarse ellos, sino para recibir a los desertores que pue-

da haber en lo sucesivo. ¿No es esto una provocación oficial a la deserción y a la infidelidad? ¿Cómo se explican esos subsidios y esa organización? ¿Qué dirían los piamonteses si una nación vecina, el Austria, por ejemplo, formase en la frontera un núcleo de los prófugos de quintas del reino italiano, los alimentase y los mantuviese estando dispuestos a lanzarlos contra el Estado de que procedían? ¿Qué dirían, sobre todo, si esos prófugos encontrasen tan buena acogida en los Estados Pontificios? Sin duda que verían en ello motivo para las más enérgicas recriminaciones, y quizá para un *casus belli*. Pero ellos sin duda no hacen más que cumplir un deber de humanidad, y consideran acaso estos manejos como uno de los medios morales que pueden ensayarse para probar la vitalidad del principado del Papa. Y sin embargo, aun dirá Ricasoli que el poder temporal de la Santa Sede ha de estar en las mismas condiciones que las demás soberanías.

La aversión y la indignación de los hannoverianos contra Prusia, crece cada día mas. Las violencias de Prusia contra la casa real de Hannover, irritan al pueblo mas que las que el mismo ha sufrido. El país protesta unánimemente contra esas violencias, y por todas partes se oye decir que no pueden quedar impunes.

A pesar de la capitulación de Langensalz que garantizaba la propiedad particular de la familia real, Prusia ha confiscado, bien en provecho propio ó en provecho de la casa de Hohenzollern, todas las posesiones que en su mayor parte pertenecen hace siglos a la casa de los Güelfos. No contento con esto el gobierno de Berlín, acaba de confiscar en favor del Rey de Prusia todos los bienes particulares de la casa de Hannover y hasta el mobiliario de los palacios reales, sin exceptuar las camas y los enseres mas insignificantes. El gobierno prusiano, para dar pruebas de justo, ha tenido la arrogancia de conceder una cantidad para el sostenimiento de la casa de la reina que es inocente en todo. La Reina de Hannover ha rechazado con dignidad un donativo tan humillante, y en cambio la nobleza de aquel reino ha abierto una suscripción para que no carezca de lo estrictamente necesario.

Preciso es recordar que cuando Victor Manuel confiscó los bienes de los Principes italianos, los diarios prusianos no encontraban palabras bastantes para vituperar semejante conducta. Ahora que su Gobierno imita aquella conducta, le aplauden.

Cuentan algunos diarios que en el discurso que pronunció con ocasión del matrimonio del Principe heredero el metropolitano greco-ruso de San Petersburgo, se expresó en estos términos: «Dios Nuestro Señor no ha hecho la tierra tan bella sino para agradar a nuestro gran Czar; los frutos no maduran en su esplendente hermosura sino para adornar su mesa; las flores no exhalan tan buenos olores sino para alegrarle con su aroma; porque él es el bendito del Señor, y todo se ha creado para su exaltación. Loado sea el Czar.» El grado de envilecimiento a que ha llegado el clero cismático hace creer que realmente así se expresara el metropolitano.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

VIENA, 6.—La *Gaceta de Viena* dice que el Emperador Napoleón ha manifestado al embajador de Austria en París, Principe de Metternich, que el general Bazine había ordenado proteger en caso de retirada a las tropas de la legión austriaca en México, del mismo modo que a las francesas, asegurando a los austriacos, si lo desean, el libre retorno a sus hogares.

FLORENCIA, 5.—La *Gaceta oficial* de hoy anuncia que Mr. Vegezzi rehusa ir a Roma por el mal estado de su salud.

Esta misión está confiada al conde de Estado Okello, al cual asistirá el abogado Maurizio.

PARIS, 6.—En la Bolsa de hoy no se han cotizado los fondos españoles.

De los valores franceses é ingleses he aquí la cotización oficial:

3 por 100 francos, 69-65
4 1/2 francos, 98.
Consolidados ingleses, 88 1/3 a 1/4.

ESTADOS PONTIFICIOS.—Escriben de Florencia a La *Correspondencia general*, que el medio imaginado en París y transmitido por el general Fleury para arreglar la cuestión de Roma, sería la resurrección del Senado romano. Pero en todo esto hay que recordar que el municipio de Roma se llama Senado.

Dice que la forma adoptada para la conservación del poder temporal sería un gobierno municipal que reconociese el señorío pontificio, pero que funcionase con arreglo a sus propias inspiraciones.

Lejos estamos de tomar esta noticia bajo nuestra responsabilidad, dice la *France* con este motivo, pero haremos notar que concuerda bastante bien con los otros medios conciliatorios atribuidos ya a la iniciativa del Gobierno francés.

FRANCIA.—Con fecha 4 del actual escriben de París:

«La submisión de la reforma del ejército francés someterá a fines de la semana actual sus trabajos a la aprobación del Emperador y de la comisión.»

Los puntos principales de que se ha ocupado, son: la organización territorial militar y sobre todo del reglamento para la organización é instrucción de las reservas.

El ejército francés quedará por lo tanto con arreglo al nuevo proyecto compuesto del modo siguiente:

400,000 hombres de ejército activo y 600,000 de reservas de tres diferentes grados.

Además habrá 200,000 guardias nacionales movilizables para en caso necesario sustituir a las reservas y defender las plazas más próximas y aun las fronteras si fuese preciso.

Después de esta guardia nacional viene la guardia nacional sedentaria en número naturalmente indeterminado, pues pertenecerán a ella todos los hombres útiles de 39 a 55 años.

La edad exigida para formar parte del ejército activo y de las reservas, es desde 19 a 29 años.

Para la guardia nacional movilizable, de 29 a 39.

Habrán 2,300 jefes en la reserva, cada uno en uno de los 2,300 cantones en que se dividirá territorialmente, de modo que aquella fuerza se dividirá en 2,300 pequeños cuerpos. Este personal irá a instruirse en la cabeza del cantón correspondiente durante el primer año, y en el segundo será dividido y arreglado por regimientos y brigadas que tendrán su centro en las capitales de los *arrondissements* ó provincias.

Actualmente el ministerio de la Guerra se ocupa activamente del armamento y del uniforme para el ejército activo y la reserva.

Varios periódicos han reproducido el siguiente párrafo del *Diario de Amberes*:

«El Gabinete prusiano se prepara a la guerra en la esperanza de recuperar algún día la Alsacia y la Lorena. Dícese que el Rey Guillermo ha enviado emisarios a aquellas dos provincias, y lee todos los días con la mayor atención los partes que le transmiten. El correspondiente del *Diario de Amberes* dice haber tenido en sus manos uno de esos partes.»

El hecho anunciado por el *diario belga*, dice con este motivo la *France*, es tan ridículo, que no habríamos creído oportuno recogerlo si al reproducirlo la *Presse* no pareciera darle una importancia que no es mas que una ansiedad pueril de patriotismo.

La idea de mutilar la Francia y de quitarle dos provincias es tan absurda, que es casi tan extraño revelar ese temor, como aparentar esa pretensión.

La *Presse*, a continuación de la noticia del *Diario de Amberes*, pone las siguientes líneas:

«Si el *Diario de Amberes* tiene realmente uno de esos partes en su poder, haría un gran servicio a la Europa publicándolo.»

Sería posible además que esa publicación hiciera menos ardientes las simpatías prusianas de la *France* y de la *Opinion Nationale*.

Las fuerzas navales francesas reunidas en la rada de Tolón en 1.º del actual, son las siguientes: tres navíos, *Solferino*, *Luis XIV* y *Soberano*; siete fragatas, *Corona*, *Normandia*, *Provenza*, *Magnánima*, *Saboya*, *Gomez* y *El Dorado*; cuatro corbetas, *Calon*, *Beltosa*, *Formin* y *Eclairer*; siete vapores, *Soberano*, *Massena*, *Intrépido*, *Daim*, *Passé-Portout*, *Cruzador* y *Favorito*; ocho transportes, *Taru*, *Var*, *Ardeche*, *Sena*, *Mosela*, *Viena*, *Euridice* y *Bucéfalo*, el drick *Jano* y el espolon acorazado *El Toro*.

INGLATERRA.—Dícese que la cuestión de la reforma electoral tiene dividido al Gabinete inglés.

La *France* dice que este rumor no ha tomado todavía gran consistencia, pero que es posible, y hasta probable, alguna modificación ministerial.

Un despacho de Londres anuncia que ha sido preso en aquella ciudad el ex-senador feniano Meaney. Se cree que era el secretario de Stephens.

PIEMONTE.—Si nuestros lectores quieren ver una prueba del miedo que infunde a los revolucionarios mansos la llamada cuestión de Roma, pasen la vista por las siguientes líneas de la *France*, que son ciertamente instructivas:

«Parece en primer lugar, dice, que esa misión ha sido resuelta definitivamente y que Mr. Vegezzi saldrá dentro de pocos días para Roma. El Padre Santo, que en el año anterior había acogido perfectamente al enviado del Rey Victor Manuel, ha indicado, según se dice, que tendría una satisfacción en volverle a ver.»

No se cree que la misión se reduzca, como se ha anunciado, a las cuestiones puramente religiosas, sino que se entraría en el fondo mismo del debate que se agita entre la Santa Sede y la Italia, y se trataría, para el arreglo de las cuestiones pendientes, de Gobierno a Gobierno, lo cual sería un reconocimiento formal por la Italia de la soberanía pontificia.

Es claro que M. Vegezzi, según las disposiciones que encuentre, avanzará más ó menos las negociaciones; pero por lo que se cree en los círculos políticos mejor informados de Florencia, sus instrucciones le permitirán abordar hasta las cuestiones de práctica internacional entre los Estados romanos y la Italia, tales como las cuestiones de aduanas, de estradición y de pasaportes.

Se asegura que el Gobierno de Florencia hasta

consentiría en la abolición del juramento de los Obispos (juramento prescrito en los Estados más católicos), así como en la abolición del *caequatur*, a poco que la corte de Roma insistiese en este punto.

Nuestro correspondiente asegura que ningún hombre formal de Florencia piensa en ir a Roma, y que se harán los mayores esfuerzos para evitar las complicaciones que pudiera originar una insurrección en la capital del orbe católico.

Aun en el caso de que el Papa saliese de Roma, no entraría el Gobierno italiano en los Estados Pontificios.

Si por algun plebiscito se proclamase la unión de Roma a la Italia, no se haría caso de él, considerándose la Italia como ligada por sus compromisos con la Francia, y sin poder obrar más que de acuerdo con ella.

Nuestros informes añaden que se habían dado seguridades formales en este sentido por el Rey y sus ministros al general Fleury, y que el enviado del Emperador parece estar satisfecho, no solo de estas declaraciones, sino tambien de las garantías de hecho que revelan la consonancia de los actos con las palabras.

Con que el Gobierno de Florencia quiere aparecer ahora hasta ultramontano! Ya.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 7 DE DICIEMBRE DE 1866.

LA VIDA INTELECTUAL DE ESPAÑA Y LA INQUISICION.

DE LA POESIA POPULAR.

ARTÍCULO IV.

A la par de esta poesía que fluye espontánea de la imaginación del pueblo, como el agua de rústico y limpió manantial, ha corrido siempre entre nosotros la poesía docta y erudita, tomada en extrañas regiones y artificiosamente encauzada para venir a brotar en fuentes de buen ó mal gusto. La rivalidad entre uno y otro género, llamado popular el primero y clásico el segundo, ha sido constante, y aun amenaza ser perpetua. Surgen los romances objetivos, y se presentan los poetas cortesanos de D. Juan II, con sus trovas, *desires* y certámenes, en que la sutileza hace las veces del estro, y la mitología y la historia antigua llenan el vacío del sentimiento y de la inspiración: luchan en tiempo de los Reyes Católicos nuestros romanceros históricos ya perfeccionados y los imitadores de Virgilio y Petrarca; elevanse en la gloriosa época de Carlos V y Felipe II los romances moriscos con la pompa y gallardía de las palmeras orientales, y se pueblan las orillas del Tajo y Guadalquivir, del Ebro y del Turia de ninfas y pastores de Arcadia, y el clarísimo azul del cielo católico de España aparece surcado por las infames y exóticas deidades del paganismo. Lorenzo de Sepúlveda, Juan de Timoneda, Pedro de Padilla, Lucas Rodríguez, Lobo Laso de la Vega, llevando la bandera nacional, luchaban con Garcilaso, Herrera, Cetina y otros muchos que enarbolaban la extranjera: Lope, Góngora y Quevedo, consiguieron mismos; el teatro con las églogas, canciones y poemas épicos: lucharon la escuela italiana con los romances, la escuela francesa con los cantares, como en nuestros días ha luchado Espronceda con Zorrilla, la escuela inglesa con nuestra escuela tradicional, el romanticismo desesperado y descreído con el romanticismo cristiano restaurador de la Edad-media y de las costumbres de capa y espada.

Ambos géneros proceden de diversas razas, reconocen distintas fuentes y no será fácil que se amalgamen y confundan jamás. La poesía popular sale de las entrañas de la nación, hechas por la religión católica; del inmenso tesoro de fé, de caballerosidad y de entusiasmo de esa Edad Media aun no bastante conocida, y por lo tanto no cual se debe apreciada; sale, en fin, de la abundancia del corazón, como brotaron la arquitectura gótica y el arte cristiano sin esfuerzo, pero con la lozania y vigor de todo lo que es natural, con la gallardía de todo lo que a la espontaneidad y sencillez junta la grandeza y majestad.

En siete siglos de guerra con los árabes y continuo trato con los judíos, el pueblo español había tomado de ellos la riqueza y osadía de las imágenes, la gala y pompa del estilo, el gusto oriental; pero no lo imitó; se lo asimiló, fundiéndolo todo en inalterable crisol de sus creencias, templando el sensualismo de aquellas razas con el espiritualismo católico, la exuberancia del Oriente con la pureza y sencillez del ideal cristiano, y creó un idioma pintoresco y endiosado, capaz de prestar alas a la mas atrevida fantasía y de plégarse a los mas recónditos y delicados afectos del corazón. Era el idioma de los éxtasis y de los caballeros, de las sentencias y de las descripciones; era el idioma del alma con Dios, de la metafísica con lo universal, y al propio tiempo del

galan con su dama, del pueblo con sus reyes. Y cual su idioma fué su poesía: firme en la fé, incontestable en la piedad y por lo mismo libre, con esa magnífica libertad de pensamiento y de espresión, rico patrimonio de quien tiene la costumbre de la fé y el hábito de vivir alegre y sin codicia en las regiones de la obediencia.

Esta poesía no tiene padres conocidos, como no los reconocen el arte, la filosofía y la teología populares. Sábese que viene del Catolicismo, como todos los hombres sabemos que venimos de Adán y Eva; pero en la confusa balumba de la Edad Media, en esa especie de horno donde se fundían los gérmenes y elementos de la verdadera civilización y del progreso verdadero, no se puede señalar determinada persona que imprimiese tal rumbo a la literatura, que prescribiese al arte la senda que había de seguir, que crease los refranes, que elevase al pueblo de creyente a teólogo, como mas adelante veremos. Ni existió probablemente: lo colectivo es vago; la universal misterioso. ¿Quién hizo al pueblo español tal como es? Dios. ¿Por qué medios? Por medio de la Iglesia. Dios autor de todo lo bueno; la Iglesia ministra de todo bien. No saldremos de aquí jamás. Para el niño y para la sociedad humana, no hay, no debe haber en el mundo mas objetos de predilección y cariño que su padre y su madre.

Pero en medio de esto no podemos menos de observar que la Inquisición, nacida entre las aclamaciones del pueblo, identificada con los sentimientos, ideas y hasta con los instintos populares, empuñando, según hemos visto, el estandarte nacional, y presentándose denodada en primera línea, a combatir por la causa de la sociedad española contra los enemigos de su religión é independencia, debía ser natural amparo de la poesía popular. Es claro: el pueblo que en lo necesario descansaba plenamente confiado en el celo é inflexibilidad del Santo Oficio, podía entregarse al esparcimiento y solaz, libre y exento de su principal cuidado. Por eso los romances florecen y llegan a la perfección del más esmerado cultivo, así que se instituye el tribunal permanente de la fé; por eso entonces nace y crece robusto y lozano el teatro popular. Porque es un error creer que las instituciones católicas cortan las alas del ingenio: por el contrario: nadie vuela con más libertad y alegría por el espacio de la razón que el pensamiento sujeto a la autoridad infalible en las esferas de la verdad revelada. Nuestro pueblo fué el más libre, porque fué el más católico: nuestra monarquía por la misma razón la más democrática, en el buen sentido de la palabra; nuestros teólogos los más atrevidos en lo dudoso, porque eran los más sumisos en lo necesario, y nuestra poesía popular la más galana, porque era la más creyente.

La poesía clásica tiene otra historia. Traía su origen del Renacimiento pagano debido a los filósofos del bajo imperio en el siglo XV, y no tenía afinidad alguna con el sentimiento nacional. Era imitadora, no espontánea; se inspiraba en los libros, no en la naturaleza, y sabido es que quien imita, renuncia la mitad de su gloria, aun cuando la imitación sea felicísima y el dechado perfecto. Pero el clasicismo tuvo una desdicha mayor: que fué imitar mediata ó inmediatamente a griegos y latinos de los siglos paganos. cuya religión moral y costumbres eran diametralmente opuestas a las costumbres moral y religión nacionales. Por eso los poetas clásicos se despegaban de la civilización española. La poesía importada de Italia era una música que sonaba bien, pero que no se comprendía; un cuadro que no desagradaba, pero que nada decía al corazón.

Por de pronto reemplazó al firmamento con el Olimpo, la Biblia con la mitología, al caballero con el semi-dios, los castillos y las ermitas con los pastores de la Arcadia. ¿Qué tenía que ver el pueblo que cantaba al Cid y Bernardo del Carpio, a los conocidos Zegríes y Abencerrajes, con el rubicundo Apolo y furibundo Marte, con los Titanes, Fléridas y Galateas del Parnaso? ¿Qué significaban para nuestros pastores de migas y tasajo todos los emblemas de la Arcadia? Una locura más ó menos dulce, una extravagancia más ó menos docta, un escándalo quizás; pero escándalo, dislate, demencia al fin.

Cuando el marques de Santillana decía a la señora de sus pensamientos:

Antes el rodante cielo
tornará manso é quieto,
é será piadosa Aleto,
é pavoroso Metelo;
que yo jamás olvidare
Tu virtud... etc.

Si la tal dama no era tan pedante como su galán, debía exclamar: «Este hombre, ¿no podía decirme en cristiano que me quiero?—¿Cuánta más mella haría en su corazón lo del romance:

¿Dónde estás, señora mía
que no te duele mi mal?

Los poetas de la escuela popular conocieron, o por mejor decir, adivinaron toda la gravedad y trascendencia del mal que nos trajo la poesía clásica de pura imitación. Cuando emprendieron terrible cruzada contra Boscan y Garcilaso, que introducían, ó más bien aclimataban en nuestro suelo el verso endecasílabo italiano. El campo de batalla estuvo mal escogido por los defensores de la poesía popular; porque el daño no consistía en la metificación, sino en la esencia y en la forma paganas del nuevo género que venía a derribar por sus fundamentos el arte cristiano de la Edad media; pero algo quería decir Cristóbal de Castillejo contra los imitadores de los clásicos, cuando comparaba las novedades de que se proclamaban campeones con las que a la sazón intentaba introducir Lutero en la Iglesia. No puede ni remotamente compararse la inocente intervención de los unos con los dañados propósitos del otro, ni pueden significar jamás las innovaciones en una materia tan variable de suyo como el gusto literario, lo que significan en doctrina religiosa, inalterable como la palabra de Dios. Pero en medio de todo, es preciso reconocer un buen instinto en esa manera de condenar aquel género de poesía que arrancaba del Renacimiento, precursor y aparejador de la herejía luterana.

Por de pronto nosotros admitimos la sátira de Castillejo, como una protesta vaga y mal formulada, pero instintiva y propia de un pecho saturado de amor patrio, de un espíritu de legítimo orgullo nacional, fundados en la independencia dentro de la unidad religiosa, en el respeto y cariño a lo castizo y tradicional, en el deseo de ser como somos, como Dios nos ha hecho, y no como son los demás pueblos; sentimientos a que se deben los prodigios de las guerras de los moros y la singular epopeya de 1808.

¿Qué hubieran sido nuestros poetas clásicos, Garcilaso, Herrera, León, Rioja y otros ciento si hubiesen seguido las corrientes del gusto nacional? ¿Adónde hubiera llegado nuestra poesía sin esa malhadada excursión por las frías regiones del paganismo? Gracias a que la influencia católica era avasalladora en nuestra nación, gracias a que nuestros poetas clásicos no dejaban de ser profundamente cristianos, que sino el estrago en el gusto y las costumbres hubiera sido espantoso y habría enervado quizás las fuerzas nacionales para resistir victoriosamente los insesantes embates del protestantismo.

Pero de todos modos, el clasicismo en lucha abierta con el carácter nacional, sin raíces en nuestro católico suelo, no nos ha dejado una composición propiamente suya, perfecta en su línea. Las obras más acabadas de Herrera y Fray Luis de León fueron inspiradas por los poetas bíblicos, y por lo tanto la poesía nacional puede reclamarlas. La poesía clásica, sin jugos propios, pugnando no solo con el corazón del pueblo, sino con el corazón de los mismos que la cultivaron, degeneró muy presto en conceptista y culterana. Híbrida por naturaleza tenía que ser infecunda. El genio español no ha nacido para imitar a los extraños. Desde el punto en que se consagra a la imitación decae y en la decadencia se lleva consigo un pedazo de nacionalidad, esto es, de nuestra propia vida. Cuando nosotros acabemos de corromper nuestro idioma, nuestras leyes, nuestra literatura y nuestras costumbres; cuando la unidad religiosa que es el alma de la sociedad española haya desaparecido de nuestra querida patria, puede asegurarse que estaremos moralmente conquistados.

La poesía clásica decayó en tiempos de la Inquisición, porque estaba hasta cierto punto en oposición con el pensamiento nacional del Santo Oficio. Hizose extravagante, porque no tenía en España aire que respirar. La poesía necesita el ambiente nacional para vivir, para desarrollar todas sus facultades. La colonia de cortesanos y eruditos era muy corta, para que en medio de ella pudiese espaciarse y sentar sus reales el verdadero genio. Así sucedía que Góngora, incomprendible culterano en sus composiciones clásicas, y Quevedo, insostenible conceptista en las mismas, eran admirables cuando se dignaban descender al pueblo y escribir romances, cantares y letrillas para él.

Murió el buen gusto literario de los clásicos en las jaulas de la casa de Orates del culteranismo, murió porque estaba en contradicción con el excelente espíritu nacional, que era el de la Inquisición; pero subsistió la poesía popular, según antes hemos explicado: luego la vida intelectual que revela el ingenio poético de nuestro pueblo, ha sido sostenida y alimentada por el Santo Oficio. Esto es lo que nos habíamos propuesto demostrar.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

Es verdaderamente admirable la actividad del Excmo. Sr. Obispo de Jaén para la instrucción religiosa de sus amados diócesanos. Apenas recibimos un número del *Boletín Eclesiástico* de aquella diócesis, que no contenga una Carta Pastoral del Sr. Monescillo, quien además predica con mucha frecuencia. El último número del *Boletín*, que acabamos de recibir, contiene una bellísima exhortación a los fieles con motivo del santo tiempo de Adviento, escrito que insertaríamos con sumo gusto en *El Pensamiento* si no tuviésemos que reservar diariamente algunas columnas de nuestro periódico a las Pastorales que todos los señores venerables Obispos están dirigiendo a los fieles, a pro-

pósito de las persecuciones que sufre actualmente la Iglesia en los derechos del Soberano Pontífice.

En un artículo, que lleva por epígrafe *El Pueblo Mártir*, inspirado por los mas hermosos sentimientos católicos, publica *El Pabellón Nacional*, la siguiente carta de un corresponsal del *Czar*, que arrancará sin duda, suspiros de dolor a nuestros lectores:

«Es imposible imaginarse nada que iguale a la persecución de que son objeto las poblaciones católicas de la Lituania y de la Rusia Blanca. La rural se encuentra siempre bajo la amenaza de una expulsión en masa y de la completa destrucción de todas sus propiedades. Los labradores católicos tienen que sufrir las mayores vejaciones y los impuestos mas extraordinarios. El padre que se resuelve a castigar a su hijo según el rito católico, ha de pagar la enorme suma de 50 rublos; el que presenta su vástago al *pope* con objeto de hacerle administrar el bautismo por el rito griego-ortodoxo, recibe por el contrario una gratificación de 15 rublos.

«Los funcionarios católicos que se niegan a abandonar su religión son despiadadamente separados de sus empleos, sin que tenga para nada en cuenta sus méritos ni sus necesidades. La confiscación de las iglesias católicas y el confinamiento de los eclesiásticos contribuyen tambien en gran manera a la conversión forzosa de los católicos al cisma griego. Puedo comunicaros ciertos episodios que me han sido transmitidos por un oficial de gendarmería que fué comisionado para asistir a la conversión en masa de un pueblo de la Lituania.

«Se reunió, habla el oficial, a toda la población en la única iglesia del lugar, y después de rodearla con un fuerte destacamento de tropa, el *pope* entró en ella, mandó formar a los paisanos y fué recorriendo las filas administrándoles la comunión. Si alguno se negaba a abrir la boca uno de los soldados que acompañaban al sacerdote griego se la abría a la fuerza con la punta de su bayoneta.

«He aquí el procedimiento que los misioneros moscovitas emplean para operar sus conversiones: «Os garantizo por mi honor la exactitud de lo que acabo de referiros, y que es solo un débil reflejo de las violencias en Lituania por los rusos.»

El consejo municipal de Viena acaba de demostrar lo que nosotros estamos sospechando hace mucho tiempo, a saber: que Austria camina a pasos de gigante hacia su perdición. El consejo municipal se ha alarmado con la presencia de los jesuitas, como si la población hubiera sido invadida súbitamente de una epidemia. El hecho es muy sencillo. Los ilustres hijos de San Ignacio de Loyola que se hallaban en Venecia, al ver que esta ciudad iba a manos de un Gobierno tan amigo de la Iglesia que no hace sino despojarla de sus bienes y territorio, en prueba de respeto a la propiedad han creído prudente salir de Venecia y refugiarse en el Imperio que lleva fama de católico, y los había tolerado mientras fué dueño de la antigua sima del Adriático.

¿Qué efecto ha producido en el consejo municipal de Viena esta resolución de los Jesuitas? La prensa austriaca de buen sentido nos lo dice en las mil protestas que ha lanzado contra las discusiones del Consejo. Como si con esta invasión el Imperio se viniera abajo, se ha reunido apresuradamente el Consejo para deliberar, abrogándose atribuciones de Dieta del Imperio, y en tal sesion se han pronunciado discursos fogosos en el más elevado estilo democrático, pintando los horrores que va a ocasionar la presencia de los Jesuitas. Para probar esto se ha mentado mucho, se ha calumniado mucho; pero con el santo fin, por supuesto, de evitar males mayores a la Religión.

Un periódico de Viena *Le Messager de Communes* publica un artículo titulado *La cuestión de los Jesuitas*, y en el transcribe y comenta muchos de los discursos pronunciados y proposiciones presentadas en el Consejo. De estas, la primera, que no encontró oposición, estaba concebida en estos términos: «Se ruega al honorable consejo municipal que encargue a la primera sección [la jurídica] que elija de su seno una comisión de cinco miembros para que traten sin demora de escogitar los medios de impedir, en interés de la ciudad, la invasión de los jesuitas que nos amenaza, y la fundación de nuevas instituciones religiosas en Viena y en sus alrededores.»

El odio no es solo contra los jesuitas, sino contra toda clase de instituciones religiosas. ¿Será este odio el primer efecto ostensible de las concesiones que ha comenzado a hacer el gobierno austriaco? Lo preguntamos, porque en otros países ha sucedido lo mismo a consecuencia de parecidas concesiones.

Presentóse luego otra proposición declarada urgente, en que se suplicaba al presidente del consejo que hiciera uso de todo su poder con las autoridades competentes para que se opusieran con la mayor energía posible a la instalación de los jesuitas. «Nosotros no conocemos otros medios de usar la mayor energía posible más que la fuerza. ¿Acaso el consejo municipal de Viena no tendría inconveniente en proponer y adoptar como medida represiva el uso de las armas contra los terribles hijos de Loyola? No nos asombraría, porque no es la primera vez que en Europa se les persigue de ese modo, desde que se proclamó la soberanía de la razón como la única arbitraria en toda suerte de cuestiones.

Votada aquella proposición y declarada urgente por mayoría, como hemos dicho, su autor se levantó y dijo: «Quiero evitar a Viena los horrores de 1848, y los que facaba de presentarse Praga. Recuérdense los peligros que en 1848 corrió la capital y el orden público por la pre-

sencia de los Jesuitas en Viena. Aquí nadie, a excepción de una infima minoría, desea ver a los Jesuitas. ¿Quién de nosotros no perdería el apetito si nos fuera preciso devorar los Jesuitas que el suelo ultramontano ha vomitado de su seno?

El orador, llamado, según parece, M. Umlauf, es un poco flaco de memoria. En 1848 no había ni un sólo jesuita en Viena. Tal vez los individuos del Consejo municipal no tengan obligación de saber historia, aunque sea contemporánea. Verdad es que tampoco tienen obligación de mentir y calumniar, y por la muestra se dan buena maña para hacer lo uno y lo otro.

La sesión del Consejo fué fecunda en otros discursos y proposiciones de este mismo jaez. No queremos atormentar por más tiempo a nuestros lectores con tantas sandeces y picardías como allí se dijeron. Basta con esto para que se formen idea del estado en que se va poniendo la católica Austria. ¡Dios tenga misericordia de nosotros! ¡Solo en él ciframos nuestras esperanzas!

Por Real decreto que publica hoy el periódico oficial, se autoriza al gobernador superior civil de Cuba para otorgar a perpetuidad y con subvención a la empresa unida de los caminos de hierro de Cárdenas y Júcaro, y en su representación al señor marqués de Villalva, presidente, y a D. Felipe Lima y Renti, secretario, la concesión del trozo de ferro-carril central de dicha isla comprendido entre la Macagua y la Esperanza, con las condiciones que se expresan en este decreto.

Ha sido aprobado el proyecto de ferro-carril de la Macagua a la Esperanza, en la isla de Cuba, con las prescripciones expresadas en la Real orden de aprobación.

Por el ministerio de Gracia y Justicia se ha declarado que el cargo de procurador de los tribunales y Juzgados dependientes de dicho ministerio es incompatible con todo destino público retribuido de fondos generales del Estado, provinciales ó municipales, teniéndose por derogada la Real orden de 26 de Junio de 1860 y demás que se opongan a esta declaración. Igualmente se ha resuelto que los procuradores que se hallen desempeñando actualmente algún destino público retribuido, en el término de un mes opten por uno ú otro cargo; entendiéndose que renuncian el de procurador si no lo verifican.

El cónsul de S. M. en Malta participa al ministerio de la Gobernación, en 24 de Octubre último, que por aquella junta de sanidad se han adoptado las disposiciones siguientes:

El 19 se prohibió la importación del ganado vacuno de Argelia, y el 25 se declararon limpias las procedencias de Túnez y Constantinopla, resolviéndose se admita el ganado vacuno procedente de Smirna que vaya acompañado de un certificado del cónsul inglés, en que se acredite ser de un punto donde no haya habido en los últimos seis meses ningún caso de la peste llamada *Bovina*.

Leemos en el periódico oficial: «Ayer a las tres de la tarde. S. M. la Reina nuestra señora, acompañada del excelentísimo señor ministro de Gracia y Justicia, por indisposición del excelentísimo señor primer secretario de Estado, y hallándose presentes los altos funcionarios de la Real casa, se dignó rebibir en audiencia particular al Sr. D. Ignacio Aguilar, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. el Emperador de Méjico, el cual, previamente anunciado por el señor primer introductor de embajadores, tuvo la honra de poner en las reales manos la carta en que su augusto Soberano da término a la misión que tan dignamente ha desempeñado en esta corte.

S. M. se dignó recibir igualmente al señor ministro plenipotenciario de S. M. el Emperador de todas las Rusias, que elevó a las reales manos la carta de notificación del casamiento de S. A. imperial el Cesarevich Alejandro, gran duque heredero, con S. A. R. la Princesa Maria Teodorovna, antes Dagmar, de Dinamarca; el excelentísimo señor ministro plenipotenciario de S. M. imperial y real apostólica, y al señor ministro plenipotenciario de S. M. el Rey de Prusia, que ofrecieron a S. M. el homenaje de su respeto con motivo de haber regresado a la corte; y al excelentísimo señor ministro residente de S. M. el Rey de los Países-Bajos, que entregó a S. M. la respuesta de su Soberano a la credencial del Sr. D. José Luis de Alabareda y Setze, ministro plenipotenciario que ha sido de S. M. en el Haya.

El 17 del próximo pasado el Sr. D. Eduardo Romea y Yanguas tuvo la honra de elevar a manos de S. M. el Rey de los Países-Bajos la carta Real que le acredita en calidad de ministro residente de S. M. la Reina nuestra Señora en la corte de dicho augusto Soberano. El Sr. Romea fué recibido con el ceremonial de costumbre, y mereció a S. M. Neerlandesa muy favorable y cordial acogida.

La fragata *Berenguela* que debe regresar a la Península por haberse mandado así, tardará aun algunos meses, puesto que debe terminar sus reparaciones antes de abandonar las aguas de Manila.

El general Lersundi, que ayer fué recibido por SS. MM., salió anoche para Deva, con objeto de reunirse con su familia.

Ha llegado a Madrid con licencia, pero se detendrá pocos días, el gobernador de Avila, señor Ureña.

Ha sido nombrado alcalde-corregidor de Santander D. Mauricio Marín Arraez.

Dice *La Epoca*:

«Hoy se ha dicho que por el ministerio de Ultramar se ha expedido una Real orden disponiendo la separación y procesamiento del funcionario que suscribe una carta recibida por el último correo de

la Habana, y en la cual, según se asegura, se inflen ofensas a la autoridad superior de Cuba que acaba de cesar.»

Terminada su comisión en el Congreso sanitario de Constantinopla, está ya de regreso en Madrid el Sr. D. Antonio María Segovia.

La mayoría de la comisión nombrada por el ayuntamiento de Barcelona para resolver la cuestión de consumos, ha presentado ya su proyecto proponiendo que se haga una gran rebaja en la generalidad de los artículos, y que para compensar la pérdida que pueda haber, se aumente el precio de los billetes de las rifas autorizadas en aquella capital.

Dice *La Política* que ha sido llamado a Madrid el brigadier D. Agustín Jiménez Bueno, que se halla en Canarias a las inmediatas órdenes del señor capitán general.

Leemos en la *Perseverancia* de Zaragoza: «En *El Eco de Aragón* del día 5 del actual hemos visto una gaceta en que se dice que el señor Arzobispo de Zaragoza ha indicado a los oradores sagrados lo conveniente que sería que se ajusten sólo a las santas miras que deben ser el objeto de sus discursos.

Tenemos el sentimiento de decir a *El Eco* que ha procedido con una ligereza muy reprehensible y muy imponderable al estampar una noticia que sabemos de seguro no tiene fundamento alguno. *El Eco*, al publicar una cosa tan extravagante y tan ridícula, debió reparar que sus palabras herían en lo más vivo la reputación de nuestro virtuoso Prelado y la honra de los ministros de la divina palabra sometidos a la jurisdicción de aquel.

El Eco no debe extrañar el que adoptando una conducta tan ligera y tan imprudente en orden a la respetable clase del Clero, exponga el partido, cuyas doctrinas defiende, a las duras y enérgicas censuras que muchas veces se le dirigen por su manera de conducirse en las cosas de la Religión. Esta ligereza en cosas tan graves equivale a una hostilidad abierta y sistemática.»

Dice un periódico de Huesca: «Sabemos que nuestro Prelado ha dispuesto solemnes rogativas por el Jefe Supremo de la Iglesia católica, Su Santidad Pío IX, en los días 8, 9 y 10 de los corrientes.»

A la fecha de las últimas noticias era ya conocida en la Habana la disposición del Gobierno de Honduras concediendo hospitalidad al corso. Generalmente se creía que esta medida no tenía otro objeto que destruir la línea de vapores españoles recién establecida entre la Habana y el istmo de Panamá, línea que hace sombra a la inglesa y a la americana. Parece que se trataba de enviar de la Habana dos buques de guerra.

Segun resulta de los estados que publica la *Gaceta de la Habana*, los derechos de aduana de aquella capital produjeron en Octubre 672,175 escudos, cuya suma ofrece un aumento de 21,258 con respecto a igual mes del año anterior, sin contar 211,351 que dejaron de cobrarse por derechos de exportación.

La recaudación de toda la isla en dicho mes fué de 1,025,999 escudos, 50,348 menos que en Octubre de 1865. En realidad hubo un aumento considerable, pues dejaron de cobrarse por exportación de frutos 152,441.

La *Gaceta del Clero* publicará mañana un número entero consagrado a la Purísima Concepción. Hemos recibido ya ejemplares, y leído en ellos un magnífico artículo del Excmo. Sr. D. Antón Monescillo, Obispo de Jaén, que tiene por título: *La declaración dogmática de la Concepción de María, centro de todas las verdades especulativas y morales*. El Sr. Muñoz Garnica escribe otro artículo, tambien bellísimo, con este epígrafe: *Spes nostra, salve*.

El número de la *Gaceta del Clero* del día de mañana es muy interesante.

Carta pastoral que el Ilmo. Sr. D. Pedro Cirilo, Obispo de Pamplona, dirige a sus amados diócesanos con motivo de la alocución de Su Santidad:

Nos el doctor DON PEDRO CIRILO URIZ Y LABAYRU, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE PAMPLONA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD, ETC.

Al venerable Dean y Cabildo, al Clero y fieles de nuestro obispado, salud, paz y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

Fija hace ya tiempo toda nuestra atención en la marcha abrumadora y desastrosa de la revolución sobre los desgraciados pueblos de Italia, víctimas hoy en su totalidad de sus desmanes y violencias, es constante y crece de día en día nuestro sobresalto al verla en su insaciable sed de destrucción, después de usurpado en su mayor parte el territorio de los Estados de la Iglesia, dirigirse furiosa contra la capital de estos Estados, Roma, la capital del orbe católico, la Santa Sede y sagrada residencia del Vicario de Dios en la tierra, para arrebatársela la última astilla de su cetro de Rey, degradarle y escarnecerle a los pies de las turbas feroces y sanguinarias, reducirle a la mendicidad y al ostracismo, y acumular sobre su santa cabeza ese aluvión de males y calamidades sin cuento de que ha abreviado la desventurada Italia.

Que en esta y no en otra forma se va desplegando a nuestros ojos el epílogo de ese repugnante y detestable drama que, merced a extraños impulsos y socorros, está a ciencia y paciencia del mundo civilizado representándose desde que los modernos galos, ó sean los piamonteses, los menos italianos de todos los pueblos, abandonando lo único que tenían de ilustre, que era su cuna y la santidad de sus antepasados, se han lanzado como hambrientos buitres sobre las nacionalidades italianas, y han aniquilado su autonomía, su patria, su Religión, sus leyes, sus Gobiernos, su bienestar y su paz. Sin detenernos a observar el empobrecimiento y la inseguridad de todas las personas que no pertenezcan al bando revolucionario, que allí

como en todas partes, siendo los menos, con su audacia sojuzgan y avasallan a los más, sin enumerar ahora esa interminable serie de calamidades que en el orden civil han llovido sobre aquellos países, y apartando la vista de su suelo empapado en la sangre de millares de víctimas del furor demagógico, sólo una circunstancia queremos exponer a vuestra consideración, y es el carácter de impiedad y ateísmo que señala las empresas de los modernos reformadores, en tal manera exaltado por los de Italia. Para que no se dude, para que desde luego aparezca la terrible contradicción en que se colocan de toda idea de santidad de virtud y de orden, los sedicentes regeneradores de los pueblos, sus primeros pasos son siempre la profanación, el sacrilegio y la rapiña. Suprimir las órdenes religiosas, destruir los templos del Señor, desterrar a los Obispos, perseguir a los Sacerdotes con todo género de vejaciones y atropellos, enterrar a la mendicidad y a la desesperación las inocentes vírgenes de los claustros, lanzar la juventud a los antros universitarios y a la crápula de los casinos, y robar las sagradas alhajas y todos los bienes de la Iglesia, hé aquí el premio de sus grandes obras de progreso y regeneración social, hé aquí la base del ostentoso edificio de las libertades públicas.

Lo primero es prescindir de Dios, insularle y crucificarle de nuevo en las personas y las cosas consagradas a su servicio; y por un inconcebible retroceso de dos mil años entronizar el paganismo, la demoralización, la perversion de toda virtud, de todo cuanto la religión conservaba con maternal esmero y solicitud entre los hombres. Pero la obra de destrucción ha de ser completa. No se satisface la revolución con derribar por tierra las puertas del santuario, hechos pedazos sus cerrojos, oprimidos los Sacerdotes, cubiertas de ignominia las vírgenes: ha de extender más allá su mano aleva, ha de llegar a la cabeza, a la más viva imagen y representación de Dios, al faro supremo y Jefe de la Iglesia, y ha de forzar por quitarle toda representación y honor terrenos. Los que tienen videntes y ovaciones para las grandezas de barro, los que erigen altares a las virtudes teatrales y palacios a los vicios públicos, los que decretan apoteosis para los piratas y los homicidas, esos no quieren sufrir la púrpura y el oro sobre los hombros del Padre de las almas; sino que a fuer de malos hijos quieren embriagarle de amargura, atravesar su corazón con los dardos de todos los dolores, y exponer a la irrisión y a la algaraz de los malos la desnudez del Padre anciano, pobre y desvalido. Saben que si hay algo digno de ser honrado entre los hombres es lo que el Papa personifica y sustenta: la fe cristiana que es la civilización verdadera, la religión que es nuestro báculo para caminar en la presente vida y el áncora de salud para la otra, la virtud, la justicia y la santidad que son el reflejo de Dios sobre la tierra, y por fin el vicariato y delegación del mismo Dios que le denominó Pedro, y constituyóle piedra fundamental de su Iglesia.

¿Adónde corren desatentados hoy los perversos en busca de una codiciada presa que tanto les ilusione? ¿quién es el Sennacherib que así se levanta como el antiguo contra el ungido del Señor? (Reg. 4.º, cap. 19.) «¿A quién has insultado y de quién has blasfemado? ¿contra quién has levantado tu voz, y has alzado los ojos a lo alto? Contra el Santo de Israel. Por mano de tus siervos has denostado al Señor, y has dicho: Con la multitud de mis carros he subido sobre lo alto de los montes en la cima del Líbano y he cortado sus altos cedros y sus abetos escogidos. Y me he enterao hasta sus términos, y hasta el bosque de su Carmelo. Yo he cortado. Y he bebido las aguas agenas, y he secado con las plantas de mis pies todas las aguas encerradas.»

He aquí la víctima en que pretende cebarse la revolución: el Santo de Israel. Corre a arrancarle al Papa su diadema de Rey que colocó en sus sienes la Providencia Divina y han respetado todos los siglos, en la estúpida persuasión de que con esto se oscurecerá la aureola de Jefe espiritual de doscientos millones de almas a quienes ha favorecido el Eterno con el conocimiento de la única religión con que quiere ser conocido y tratado por los hombres. ¿Se realizará esta gran catástrofe? ¿Hemos de ver al Padre de los cristianos maltratado por sus ingratos hijos, al Señor convertido en esclavo, al Monarca en subdito, al Sumo Sacerdote en un gran monesterio, sin dignidad, sin respeto, sin consideración entre los mortales?

¡Ah! si tal vez entrase en los desigños de la Providencia, quizá para aquilatar el oro purísimo de su Santa Iglesia, y para que su divinidad se haga mas y mas ostensible a los ojos de todos en esta triste época de incredulidad é indiferentismo religioso, si tal vez dispusiera Dios que le sucediese por segunda vez a Pío IX lo que sucedió a Pío VI y Pío VII, y a no pocos de sus predecesores retrocediendo desde Clemente VII en 1500, entonces.... aprendiendo de aquí para entonces sus implacables enemigos: será el Papa mas grande a medida que quiera deprimirse, mas amado a medida que quieran hacerlo odioso, mas escuchado cuanto más abyecto, mas requerido cuanto mas alejado; y si en nuestros días con solo el espectáculo de sus heroicas virtudes, y el candor angelical de su rostro, se han inclinado a él los corazones de los mas desviados, si ahora mismo, hoy, es el primer hombre de la tierra, la figura mas interesante aun para la mundanal filosofía y la historia de las naciones, no es posible imaginar ni representarnos ahora, con solo mirar a un porvenir infuosto, cuánta será su magestad y grandeza en medio de su tribulación y el infortunio! Si grande es ahora y sin comparación con otro ser de la tierra cuando bendice a la ciudad y al mundo desde el balcón lateranense, más lo será, si a tal extremo se le reduce, cuando bendiga a los buenos y ruegue por los malos desde una roca desierta, donde su independencia sufra menos quebrantos! Si ahora la revolución consigue enagenarle por mayor ó menor espacio de tiempo tres millones y medio de habitantes, en parte ilusos, y en su mayor parte amedrentados por el puñal de los seides de la demagogia, hijos verdaderos acudirá a él de todas las partes del mundo, que se multiplicarán maravillosamente bajo su mano salvadora.

Mentita est iniquitas sibi. La revolución se engaña a sí misma. Pío VII decía con admirable

tranquilidad de alma al primer Napoleón: «no te canse, ó Emperador, en estrechar á tu prisionero: mira que el Papa no puede ahorrarse, y cuando más apretado pienses tenerme entre las manos, tanto más libre será al Papa: oprimirás cuanto quieras á un pobre monje llamado Bernabé Chiaramonti, pero al Papa ¡nunca! Ni un solo florón de la triple corona que constituye la tiara pontificia verá relucir entre sus torpes anillos la hidra revolucionaria, porque si en el Gólgota es donde auno para los impíos el Salvador se ofrece con la mayor suma de notas y caracteres que obligan á reconocer y confesar su divinidad, en las persecuciones es donde ha resplandecido con sus más puros fulgores la divinidad de la Iglesia católica y la santidad de sus Soberanos Pontífices. Ni Leon III, ni Juan VIII, ni Benedicto V, ni Gregorio VII, ni Pío VII hubieran dado á la Iglesia los pontificados gloriosos que le dieron, si la persecución, el destierro y la misma muerte no hubieran añadido á sus coronas de Pontífices y Reyes las de la persecución y el martirio. Con estos preciosos díjes se engalana la Iglesia; que esas y no otras son las arrugas que le donó en el solemne día de sus desposorios su Esposo celestial.

La crónica eclesiástica de la corriente época la traza el Romano Pontífice con mano maestra: ahí está la colección de sus encíclicas, alocuciones y letras-apostólicas. Para los que en la historia mas que la narración de los sucesos buscan la filosofía y el espíritu que presidió á su determinación, ahí están las palabras de Su Santidad enseñando á los sabios lo que nunca podrían aprender por sí solos, la vida del alma de la Iglesia, la verdadera crónica de su sobrenatural existencia. Crónica hoy, en verdad dolorosa, aunque á nadie sorprenda ni alarme.

Las últimas alocuciones pronunciadas por el Vicario de Jesucristo en el consistorio secreto del día 29 de Octubre último y cuya publicación hemos cuidado que precediera á estas nuestras débiles palabras, á fin de que cuanto antes fueran de todos conocidas, dan la medida de los grandes sufrimientos, de las indecibles penas á que, por instrumentos de los hombres malvados que la sociedad abraza, es conducida la vida de la Iglesia. Leed y releed cien veces las vehementes y significativas palabras de Su Santidad, especialmente en la primera de estas alocuciones, y decid si á su lectura no os estrema de angustia y de pesar, qué mal por grave que sea es capaz de producirlos quebranto.

De tres grandes crímenes aparece manchado el hombre y no se conocen mayores que ellos en la larga cadena de delitos que desdora á la humanidad: la rebelión del Paraíso, la muerte del Redentor, y el que hoy madura y lleva adelante la revolución contra su representante y Vicario. La injusticia y el atropello de los derechos más sagrados; la impiedad y el desenfreno de todas las ambiciones; la ingratitude y la traición llevadas á su colmo: la villanía, la cobardía, y la infamia en todo su auge: hé aquí las armas esgrimidas contra el Papa, no las busqueis más nobles, porque no las hallaréis; no las usan sus perseguidores.

Lo sagrado del derecho del dominio temporal de la Santa Sede le hace valer aun en la última alocución el Padre Santo con las siguientes observaciones:

«Como otras veces hemos indicado, sucedió por singular designio de la divina Providencia, que destruido el imperio romano y dividido en varios reinos ó principados, el Romano Pontífice en medio de tanta variedad de reinos, y atendido el estado de la sociedad humana, tuvo su principado civil, donde, sin estar nunca sujeto al poder civil, ha ejercido con toda libertad su suprema autoridad y jurisdicción conferidas por nuestro Señor Jesucristo sobre toda la Iglesia; y los fieles han atendido y obedecido con completa confianza y tranquilidad de conciencia sus disposiciones, amonestaciones y preceptos, sin que nunca hayan podido siquiera sospechar que las disposiciones del Pontífice estuviesen sujetas en manera alguna á la voluntad ni á los antojos de ningún príncipe ni de poder civil.»

Y la Santa Sede se ha apoyado siempre en este derecho, que no puede ser más natural, más legítimo; y es más antiguo que el que pueda alegar cualquiera de las casas reinantes en Europa. Los Obispos, ya reunidos, ya dispersos, los publicistas más imparciales, y muchos separados del gremio de la Iglesia, han sostenido con entereza la absoluta necesidad del dominio temporal del Romano Pontífice, señaladamente en la actual situación de las cosas del mundo, si el que es cabeza y maestro de toda la cristiandad ha de gozar de la libertad é independencia que le es indispensable para gobernar y apacientar la grey católica, si ha de haber libertad y dignidad para esta misma grey, que necesita contemplar honrado con los más privilegiados respetos y consideraciones que el mundo tributa á sus Príncipes al que tiene en sus manos las llaves del reino de los cielos.

Que es la impiedad combinada con un desenfreno de inobediencia la que ha llevado esas manos sacrilegas de la revolución sobre los Estados de la Iglesia, patrimonio más que del Papa del Catolicismo entero, claramente lo testifica el comportamiento de la revolución que en el resto de Italia domina triunfadora, y la ilusión que alimenta con los impíos de todos los países de que extinguido el poder temporal del Papa tiene por precisión que debilitara su poder espiritual; y hé aquí cómo el infierno y sus secuaces se preparan á batir palmas para el día, que no les llegará, en que viesen rodar por los suelos esa gran columna del orden, de la virtud, de la justicia, de la verdad y de la civilización propiamente dicha.

Ingratitude y enorme es la que impele á esos malos hijos á levantarse contra su buen Padre. El Papa es el soberano que menos gasta para el sostenimiento de su corte y cuidado de su persona, y no hay jefe alguno de Estado por mucho que le lleve su política á entrometerse en los agenos, que necesite de mayor número de altos funcionarios, ni más sabios, ni más laboriosos. A todos los continentes y á todas las islas, ora entre los hielos polares, ora bajo los ardores de la zona tórrida, así en las faldas de los Andes, como sobre las arenas del desierto, donde quiera que hay hombres, allí tiene hijos el Papa: recorren sus misioneros la redondez de la tierra; en las regiones más remotas constituye Obispos y administradores

apostólicos, y ellos son los que con sus desvelos, sus predicaciones y su sangre acrecientan el rebaño de Jesucristo, y allegan cada día nuevos hijos á la gran familia del Pastor universal.

Pues bien: este Soberano cuyo imperio es el de las almas que existen sobre la tierra, puesto que además de las que le son fieles, espera siempre con los brazos abiertos á las que por un título ú otro andan descarriadas; ese Rey que tiene que poner en juego tantos y tan variados y tan delicados ministerios, que tiene siempre dispuesto un raudal de afectos de gratitud, de recompensa y consuelo para quien quiera que le dirija la menor atención y obsequio, y un puñado de oro para las grandes calamidades en cualquiera país que sobrevengan, ese es el Rey menos gravoso para su pueblo, el que no le abraza con contribuciones, el que no le arruina con fabulosas deudas, el que no arranca los hijos del regazo de sus madres para llevarlos á morir sobre los campos de batalla por un pique ó una mala inteligencia diplomática; ese es el Rey que no quiere anexiones, porque no codicia lo ageno, ni arma zancadillas para derribar Tronos, ni se aprovecha de extrañas flaquezas en satisfacción de propias venganzas; que no necesita rodear su sálido de fusiles de aguja, ni cañones de Armstrong, ni surcar los mares con acorazadas fragatas; ese es el Rey finalmente que, al par que innumerables hospitales para los pobres, ha tenido una cama y una mesa en el Vaticano para albergar los Príncipes desgraciados, sin mirar más que á su desgracia, y nunca á la causa que la produjera, y ha tenido también un haz de rayos con que herir en los más altos Tronos á los Príncipes inhumanos, en defensa de los pueblos oprimidos, Ingratitude y traición sin límites es volver ahora mal por bien al Santo Anciano, cuyas manos no han hallado dolor que no mitigasen, infortunio que no compadeciesen, ruina que no restaurasen.

Hasta las ciencias y las artes de cuyos adelantos se envanace el mundo, abrojos todos y plantas fétidas fuera del calor de la Iglesia católica, han sido siempre objeto de especial predilección para los Papas, que las han fomentado cual ningún otro Príncipe de la tierra, para que como fieles domésticos sirviesen de consuno á mejorar el individuo y la familia, y contribuir en lo sensible á la salud y felicidad temporal y eterna del hombre. Roma es hoy mismo en medio de tantas penas la patria de la filosofía; y mientras los alemanes se pierden entre las nebulosidades de su grosero panteísmo, los franceses tras lo hueco é hinchado de sus escuelas eclecticas, los ingleses tras lo ridículo y afectado de las escocesas, y los universitarios españoles, por echar la de adelantados, recogen los trasiegos y desperdicios de todas ellas; Roma cual luz eléctrica en medio de todos esos carbones á medio arder, resplandece con la claridad de los soles de Hipona y Aquino; y el que quiera saber pensar, y el que quiera aprender á discurrir debe acudir á Roma, debe preguntar por sus sabios a esa hoy tan levantada institución de la *Civiltà Cattolica*.

Mientras las ciencias intelectuales y morales caen en todas partes marchitas al contacto del virus de esa titulada *civilización moderna*, viven ellas en los vergeles romanos con una lozoya y fragancia que bien revela la destreza de la mano del Cultivador, y lo exquisito de los medios que sólo ella emplear puede de fomento y de mejora. Y las ciencias físicas y matemáticas, que tan agenas parecen á primera vista á la vida del alma, ¿dónde tienen sino en Roma sus grandes maestros y corifeos? Las nobles artes tienen también allí de asiento fijo sus géneos, y no hay en parte alguna del mundo pintores, escultores, arquitectos, grabadores, músicos tan insignes, tan clásicos, tan artistas como los artistas de Roma. Ningún soberano del mundo ha hecho tanto como los Papas por las ciencias y las artes: ninguno en proporción á los recursos pecuniarios ha promovido más obras, ni ha dotado más escuelas, ni ha creado más museos y archivos, y desentuerto y conservado más importantes ruinas de la antigüedad.

Véase ahora ante esas leves indicaciones si cabe mayor ingratitude, más negra felonía y traición que la de los enemigos del Papa, ellos, los artistas de las talas y las ruinas, la quincalla y el cartón-piedra.

Y ese guerra satánica é implacable se le hace al Papa á ese Monarca bueno é inofensivo, que bendice á los que le maldicen, y ruega á Dios por quien le persiguen y calumnian, ¿sabéis por quién se le hace? No por un Alejandro, un Anibal ó un César; es por los derrotados de Novara, y los que en Custozza rindieron sus carabinas y en Lissa las proas de sus naves. Sólo una victoria cuentan las armas de la revolución de Italia: ¡los asesinatos de Castelfidardo!

Quédale aún por usar en Roma la más indigna de todas: la gran mentira del *sufragio universal*, talisman de farsa para convertir en justo lo injusto, en propio lo ageno, y establecer en los pueblos la tiranía de los más osados.

Ved cómo hemos ántes dicho que la cobardía y la infamia eran otras de las armas que esgrimía contra el Papa esa revolución inmunda y descreída. Y á ese inmenso cúmulo de delitos sin nombre, anádase ahora la criminal connivencia de aquellos que, como dice Su Santidad, desatienden el hacer todo lo que pueden y deben para reparar los derechos vulnerados y devolver la paz y la tranquilidad á los pueblos agitados y tan hondamente conmovidos, sosegar los ánimos exaltados y las perturbadas conciencias de los católicos de toda la tierra, justamente alarmadas al ver descarigar sobre la augusta cabeza del por excelencia Augusto Padre amado y amoroso Pastor de sus almas, tanta aflicción, tanto quebranto é ignominia.

Hay efectivamente en Europa quien puede y debe evitar ese cataclismo en que boga envuelta la navicilla de Pedro: puede sin duda con una palabra sola; y debe... debe tanto, que no pronunciando esa palabra, no sabrá la generación presente, no podrá la posteridad darse razón de cómo gobierna sus Estados y espera arraigar en ellos su dinastía quien consiente ese nunca visto atropello en el orden de las cosas de la Religión; como satisface á los deberes de que ha de dar á Dios estrecha cuenta, quien permite sean de tal suerte burladas las legítimas, las indeclinables asperaciones de sus súbditos en su inmensa mayoría buenos, honrados y católicos, que componen el pueblo defensor nato de la cátedra de Pedro en todos tiem-

pos, y éste es el más preclaro timbre de su historia; cómo cine la corona de hierro, cómo empuña aquella antigua espada que con tal gloria se desenvainara ha más de diez siglos en defensa de los derechos de la Iglesia, cómo se envuelve en el manto sembrado de abejas de oro, quien no alega en honra y apoyo de su sucesión sino el uso estéril de esos sagrados símbolos.

Contemplamos y reputamos la mayor de las desgracias para los poseedores de la tierra el no contar Dios con ellos como instrumento para esta grande obra de redimir su santa Iglesia de la cautividad revolucionaria; y en vista de esa indisposición de los unos, incapacidad de los otros, pánico y estupor de todos para alzar la mano en apoyo del trono temporal del Romano Pontífice, estamos muy próximos á creer que quien fundó su Iglesia á despecho de las potestades del mundo y del infierno, á pesar de las especulaciones de la filosofía y de las pasiones del corazón humano, tiene decretado no valerse en los presentes tiempos de los medios que entonces orló para obrar maravillas y portentos; y que así como ningún poder del mundo se ha visto jamás sustentado por hombres capaces de darle el espectáculo que á los ángeles y á la Iglesia universal está dando el actual Pontífice, de admiración y asombro al verle llenar en medio de tantas pruebas fy tempestades, con la frente serena, el corazón imperturbable, los deberes de su sagrado ministerio de pié siempre, siempre invencible (Mensaje de los Obispos á Su Santidad en 9 de Junio de 1862), tampoco la divina diestra le dejará en el desamparo, y con nuevos portentos demostrará al mundo la necesidad de lo que atendidas todas las circunstancias se ha reputado siempre necesario.

Y á pesar de las creces que el mal ha tomado en los cuatro años transcurridos y del multiplicado furor y oncono de los enemigos de la Santa Sede, todavía la Europa se llena de profundo pánico, y los fieles recobran el mayor aliento ante la actitud firme y tranquila del Vicario de Jesucristo, que sin temor de enegrecerse anda á la voz del Divino Maestro á pié seguro por encima de las entumecidas olas. Destituido de todo humano auxilio, con entera fé en la protección de Dios Todopoderoso, exclama resueltamente: «Estamos dispuestos á defender impávidos la causa de la Iglesia que tenemos encargada por Nuestro Señor Jesucristo; y si conviniere, estamos dispuestos á ir al país en que, del mejor modo que sea factible, podamos ejercer nuestro ministerio apostólico.» El Papa nada teme: es el varón justo que cumple con su deber y espera en Dios, en contraposición á sus enemigos que faltan á todos sus deberes, y esperan lograr sus reprochados fines confiados en sus propias efímeras fuerzas.

No tiene el temor asiento en la silla de los Pontífices; y por lo mismo, quien tiembla, quien tiene miedo, quien huye de la luz del cielo y la luz del cielo huye de él, son sus inicios perseguidores. «Contrabados fueron los Príncipes de Edom, «temor se apoderó de los valientes de Moab, que «daron yertos todos los habitantes de Chanaan.» (Exod., XV, 15.) Pío IX describe claramente en las palabras que de su alocución van trascribiendo, su situación presente y las eventualidades del porvenir. Para lo presente continuará dispensando imperturbable á los individuos y á las sociedades los beneficios de su divino ministerio; para el porvenir está resuelto á continuar sus santas tareas sin perturbación ni temor en cualquiera parte del globo que la Divina Providencia le depara con la independencia y libertad que necesita para sus funciones. Es decir, que bien sea que Pío IX permanezca en Roma ó salga de ella, ó acaso fenezca en la demanda, suyo es el triunfo, suya y de la Iglesia la palma de la victoria.

En presencia de esa grandeza de ánimo que vé venir de frente la adversidad en toda su vasta extensión ¿desmayaréis nosotros? ¿se apoderará de nuestras almas el vil temor? ¿no nos dejaremos seducir de los impíos, que harán lo posible para abatirnos y explotar nuestro abatimiento, si llega á verificarse la salida del Papa de la ciudad Eterna, para inducirnos en el error de que la Iglesia Católica es mueble viejo, que llenó su tiempo, y que la conciencia ha de ser la religión del hombre libre?

Nadie ama la ciencia tanto como la Iglesia católica; y donde la Iglesia católica ejerce mayor predominio, allí las ciencias brillan en su apogeo. Dígalos Roma en todos tiempos; dígalos así mismo el siglo XVI de nuestra España, siglo esencialmente católico, siglo estirpador de las herejías, y siglo en que florecieron tantos sabios, tantos artistas, tantos santos; siglo sin disputa el más glorioso que ha corrido para nuestra nación. Este siglo no tuvo original, y si ha de recibir alguna copia, hasta hoy negada, sólo á la Religión católica contiene en la pureza y exclusivismo de sus prácticas y de sus aplicaciones para todas las circunstancias de la vida, los convenientes recursos para producirla y acun superar al antiguo original.

Sabemos que, si bien, en expresión de Pascal, mucha filosofía conduce á la irreligión; también se han dado grandes sabios, verdad es que falsos filósofos, que han sido unos grandes perversos. Las modernas revoluciones han vomitado por dó quier esta clase de hombres, metéoros funestos que brillan para quemar, pasan para destruir.

Entramos sin hechos en los fines de la Providencia si, pero su misión no es por cierto envidiable. Sólo á la religión y á las virtudes que ella inspira es dado el poder lucir por sí mismo, y de pasar como su Divino fundador, *haciendo bien*. Los grandes bienhechores de la humanidad no han sido los sabios; han sido los hombres religiosos. La ciencia como toda cosa buena es difusiva, pero la ciencia no tiene entrañas, y por sí sola no es capaz de caridad, que consiste en amar á Dios por ser quien es, y al prójimo por Dios.

El progreso científico sin religión, desarrolla el orgullo, prescindiendo aun del pedantismo que es la falsa y más corriente moneda de la ciencia; y el que se cree sabio, si no es religioso, mira con desprecio, sin un átomo de amor á los que no conciben tan sabios como él. La religión que tiene un solaz para cada miseria, mirando á Dios abraza al prójimo; y aunque está muy lejos de desdorar la ciencia, adora al que es Señor de todas ellas, y no se engríe por ese pequeño cúmulo de percepciones que constituyen el cuerpo de la ciencia, porque sabe que todo la ciencia del hombre

no alcanzará jamás á formar una gota de sangre, ni hojita de musgo, ni un grano de arena, ni sabrá explicar nunca por qué se levanta el brazo cuando quiere el alma que se levante, ni en qué consiste el fenómeno del sueño. Con el progreso y los adelantos científicos de nuestros tiempos, aislando al hombre de la Religión, se ha venido á parar á un resultado que está á la vista de todos, y que vale por todos: la guerra, que no es cierto el estado natural del hombre, es de cada día un peligro más inminente, y va siendo una necesidad vital de las naciones que por progresar demasiado, fuera de la sobriedad que aconseja el Apóstol, están ya tocando al extremo opuesto de la barbarie.

Las naciones que de más civilizadas se precian, dan hoy día la mayor importancia al arte de la guerra. Concluyó en tal estado de cosas el *cedant arma togis*; y la Europa, á fuerza de oír gritar á los modernos civilizadores: *paz, paz, el non erat paz*, se ha visto en pocos años y como por ensalmo convertida en un vasto campamento; la nación, que no puede poner en pié de guerra un millón de combatientes, se da por perdida; y la que más seguridades cree haber contraído, no se satisface si no ha hecho de cada hombre un soldado. Para esta triste edad del *derecho nuevo* estaba reservado el restablecimiento del bárbaro derecho de conquista, y la reaparición del espectáculo de los antiguos helvecios quemando sus habitaciones y estableciéndose espada en mano en las fértiles comarcas de la Galia meridional, y de Julio César conquistando á su vez á los helvecios; el espectáculo de los godos conquistando las heces de la caduca civilización romana, y de la prole de Ismael escalando el trono de Witiza. ¡Qué más! tras aterido invierno aguardan los seres sensibles con cierto anhelo la risueña primavera para recrear las fuerzas de la vida, gozando de los benéficos influjos de la nueva luz, del nuevo aire, de los nuevos frutos con que á todos generosa brinda la resucitada naturaleza; mas ¡ay! que para el hombre *civilizado* de nuestros tiempos el orden natural está con el orden moral inverso y trastocado: el día se vuelve noche, y aguardamos con terror la visita de la estación más atractiva y graciosa, porque amen de los sangrientos choques que en tal estación se han hecho moneda corriente, para ella no hay año en que no se anuncie con hartas probabilidades una guerra espantosa y general, que ha de poner en combustión el mundo. Ya para las escuelas no bastan á los niños los libros y las plumas: sabedlo, hemos retrocedido doce siglos: las naciones que llevan más alta la bandera de la *civilización* están ocupándose en plantear los métodos pedagógicos de adiestrar al hombre desde la niñez en el rudo ejercicio de las armas. ¡Qué felicidad! ¡qué bello ideal para la vida humana!

«Pueden hacerse ahora más palpables las consecuencias del planteamiento del *derecho nuevo*, obra toda de manos de hombres, en contraposición al derecho antiguo, que tenía por base los rectos principios que para gobernar los Estados sugiere el Catolicismo? ¿Habrá hoy quien seriamente sustente que es posible ordenar y dirigir la sociedad con Gobierno ateo?»

Y sobre todo, ¿habrá quien pueda dudar del triunfo de la Iglesia Católica, y de la victoria del Romano Pontífice? La momentánea exaltación de los impíos no nos dá motivo para desesperar del buen éxito de nuestra causa. «Ellos dijeron á Dios: «Aparte de nosotros, que no queremos la ciencia de tus caminos. ¿Quién es el Omnipotente, para que le sirvamos? ¿y qué nos aprovecha que oremos á él? Mas por cuanto, repone el Santo Job, no están en la mano de ellos sus bienes, lejos sea de mí el consejo de los impíos. ¿Cuántas veces será apagada la antorcha de los impíos, y sobrevendrá á ellos la inundación, y les repartirá los dolores de su furor? Serán como las pajas delante del viento, y como la pavesa que esparce un torbellino. Dios reservará para los hijos la pena del padre; y cuando le diere el pago, entonces conocerá. Verán sus propios ojos su perdición, y beberá del furor del Omnipotente.» (Job, 21.) Nunca como en nuestros tiempos habían sido frecuentes esas inundaciones que asolan las más feraces campañas, y destruyen el pan que habían de llevar á la boca millares y millares de necesitadas familias, nunca esa frecuencia de pestes, nunca esas guerras que sacrifican en un día cien mil hombres, que lloran luego las familias, y cuyos juveniles brazos echan de menos las pacíficas faenas de la industria y de la agricultura.

Si estas calamidades públicas unidas á las particulares que cada cual deplora en el silencio de su conciencia y en el círculo de su posición, á los quebrantos de salud y á las muertes prematuras, no parecen á los mundanos bastantes avisos del cielo, ¿qué esperan? ¿pretenden otro universal diluvio? ¿ó que el fuego que abrasó la Pentápolis descendiera á consumir esas exuberantes capitales entregadas á un sibilismo refinado que los antiguos paganos no conocieron? No sabemos lo que Dios tendrá dispuesto si han de continuar esos escandalosos atentados dirigidos al desprestigio y opresión de su Iglesia, y si es verdad que el 15 de Diciembre haya de fijar el derrumbamiento del trono Pontificio; tiemblen empero todos los culpables, y como Su Santidad les intima, prepárense á ser juzgados severísimamente, y experimentar cuán horrible cosa es caer en manos del Dios vivo, y sufrir su severísima justicia.

Dispongámonos nosotros los católicos á sufrir con santa resignación cuantos atropellos y desastres mediten los malos contra la religión, sus cosas y sus personas, pero animémonos en todo caso del valor del Papa, ese valor cristiano que con firmeza apostólica nos comunica: con la cabeza fuerte no se compone el desfallecimiento del cuerpo; miembros todos de ese gran cuerpo de la Iglesia católica, para todos es el brio, la fortaleza y el valor. Para empresas más peligrosas tiene valor el corazón del hombre; y nuestra empresa ningún peligro ofrece, porque sabemos que la Iglesia católica no puede perecer, pues Dios está con ella hasta la consumación de los siglos, y que si las puertas del infierno logran de vez en cuando oprimirla, nunca han prevalecido ni prevalecerán contra ella. Tormentos son insignificantes que la embellecen, penas y dolores pasajeros que la corroboran y vivifican.

Sólo hay aquí un peligro que de todo corazón deploramos, y pedimos á Dios conjure y aleje de nosotros: la pérdida de la religión y la fé para las personas en particular, y acaso su extinción en al-

gun pueblo ó nación entera; mientras que en otras sociedades y en otras regiones la Iglesia de Jesucristo resplandecerá como el sol, y la blancura de sus vestidos se sobrepondrá al ampo de la nieve. La pérdida de las almas, aunque sean pocas, una sola no más, nos atribula y confunde. ¡Ojalá tenga el Señor piedad y misericordia de cuantos hoy nos gozamos en la profecía de católicos! Pidámosle con todas veras, y desde el fondo de nuestros corazones contritos y humillados, que al mirar por su Ungido, por su Santo Vicario, nos cubra con el manto de su eficaz protección. Que robustezca en nuestras almas la virtud y el hábito de la fé, para que acreditándola con las obras, merezcamos la palma y la corona que están prometidas á los que legítimamente pelearen por ella. Que nos conserve en el santo regazo de la Iglesia Madre, sin permitir que la nación española sea nunca víctima del cisma y la heregia, ni del libertinaje de la conciencia ó libertad de cultos. Que nos dé aliento para auxiliar con cuantos medios podamos á nuestro amadísimo Padre Santo en estos días de dolor condenado á acerbir pasión, andando con él y con su cruz por la calle de la amargura hacia el Gólgota, hasta participar de su gloria en el Tabor.

Los palmos de tierra que la impiedad le arrebató para amenguar el esplendor de su pontifical diadema, deben ser sustituidos por otros tantos grupos inmensos de corazones que rebosando en amor y adhesión á la Santa Sede Apostólica, hagan con su firmeza en la fé y sus protestas de buena voluntad hacia el Papa, más llevaderas las gravísimas angustias de que se le rodea, y más veneranda si cabe la refulgente aureola de su martirio.

Vengan acá todos nuestros diocesanos, á amados hijos nuestros en Jesucristo, y rueguen con Nos al Padre de las misericordias, que abrevie los días de prueba porque está pasando la Iglesia, y que extendiendo su potente diestra ahuyente á sus encarnizados enemigos, y dándose por satisfecho de los castigos descargados por los pecados de muchos de sus hijos, la restituya á los días de serenidad y bonanza, y se evite la pérdida de muchas almas. Recomendamos á todos para los próximos días del santo tiempo de Adviento, como mas necesaria que nunca la purificación de las conciencias, la frecuencia de los Sacramentos, la reconciliación de los enemigos y el perdón de todas las ofensas. Hoy que lobos rapaces andan dando tantas vueltas buscando á quien devorar, entrecruce sus relaciones de paz y caridad el rebaño de Jesucristo; formen todos los católicos una sola alma y un corazón solo para elevar á Dios Omnipotente fervientes oraciones por la salud de su Pastor Supremo, y para que se acelere el triunfo de la Iglesia. Este es el tiempo de oración. Cuando Pedro está oprimido, la Iglesia universal tiene el sagrado deber de rogar á Dios sin intermisión por él. Y si en el nacimiento de la Iglesia bastaron sus oraciones para que cayesen al suelo las cadenas, y se abriese la mazmorra en que se hallaba aprisionado el primer Pontífice Sumo, no han de ser en las actuales circunstancias menos eficaces aquellas para que se despeje de una vez la tempestuosa nube que há siete años se cierne sobre el Vaticano, y amaga envolver sus altas cúpulas en el mas espantoso turbión. Oremos con confianza y perseverancia por nuestro inmortal Pío IX. María, madre de Dios y soberano consuelo de afligidos, oír nuestras súplicas, y las presentará á su Santísimo Hijo, y le obligará á que extienda sobre su Iglesia la obra de su redención, y derrame sobre esa infortunada tierra de Italia el abundante rocío de sus misericordias que extinga para siempre la lava revolucionaria, é infunda en los corazones el amor á la justicia y el respeto debido á la santidad de la cátedra romana. Sea la Santísima Virgen en este duro trance nuestra singular patrona y abogada: al afecto interesémosla en la próxima festividad del misterio de su Inmaculada Concepción con cultos mas solemnes y fervorosos, con ruegos mas vehementes y determinados, con el piadoso recuerdo de ser este el duodécimo aniversario de su definición dogmática por ministerio del gran Pío IX.

Es por tanto nuestro deseo que así en la Iglesia matriz como en todas las demás del obispado, y particularmente en las de religiosas, se celebre este año la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen con todo el esplendor que los recursos de las respectivas fábricas permitan. En las iglesias que se movieren á devoción de exponer el Santísimo Sacramento en el día de la Inmaculada Concepción, pueden verificarlo, y Nos les concedemos facultad al efecto.

(Se continuará.)

CORREO DE HOY.

El *Sicéle*, periódico de París, revolucionario como el que más, hace en uno de sus últimos números la siguiente confesión:

«La revolución ha abierto la era del derecho y de la libertad, pero no ha logrado fundar todavía ni lo uno ni lo otro.»

Escriben de Roma á la *Gaceta de Florencia* del 28:

«La afluencia de españoles á esta ciudad continúa siendo considerable. Anteaayer llegaron quince á la vez. Cinco de ellos se alojaron en la calle de Babuino y los otros en los alrededores de la plaza de España.»

Dice *La Esperanza* de Nancy:

«Cierta número de católicos, siguiendo el impulso de una hidalga abnegación, piensan trasladarse á Roma para compartir con el Padre Santo las últimas horas de agonía y estar dispuestos á obrar si las circunstancias lo exigen. De Roma nos dicen que, habiendo oído hablar el Padre Santo de estos generosos propósitos, se expresó en estos términos:

«Sé que algunos católicos celosos han resuelto venir en los momentos de peligro para agruparse en derredor de una persona, y quisieron que yo hiciese un llamamiento á sus hermanos menos fervorosos; pero yo no puedo porque no quiero tomar sobre mí responsabilidad ninguna para con las familias: sepan sólo que yo los recibiré á ellos y cuantos los inviten como hijos muy queridos. No dudamos que esta vez servirá de recompensa á los fuertes y de estímulo á los débiles.»

D. José Indalecio Caso, primer teniente fiscal del Consejo de Estado, ha hecho renuncia de su cargo.

S. M., en uso de su Real prerogativa, concediendo ayer el indulto de la última pena, que debía sufrir en garrote, a cuyo fin se hallaba en capilla en Zaragoza desde ayer a las once de la mañana, a Tomás Maluenda, sentenciado en segunda instancia a muerte por homicidio de otro labrador convecino suyo. El reo tiene siete hijos, y el crimen por que había sido sentenciado por la audiencia de Zaragoza, aunque con circunstancias agravantes, fué perpetrado a consecuencia de cuestiones sobre si su camarería le había quitado parte de unas tierras que llevaba en arrendamiento.

Segun dice un periódico, el Sr. Olázaga piensa pasar el invierno en Bélgica ó Italia.

Algunas compañías de ferro-carriles han dictado disposiciones a fin de que en los días de lluvia se redoble la vigilancia por los encargados de inspeccionar el servicio, quienes deben dar inmediato aviso de cualquier desperfecto, por ligero que sea, que en la vía cause el temporal.

Esta tarde y todo el día de mañana se gana plenísimo Jubileo visitando la capilla del Obispo. Habrá allí constantemente un Sacerdote con facultad de bendecir é imponer el escapulario azul celeste, y de bendecir rosarios y medallas, aplicándose las indulgencias de Santa Brigida y otras. Todos los que asistan a ganar este Jubileo recibirán una medallita de la Concepcion bendita é indulgenciada.

Han quedado aprobadas definitivamente por la Academia de San Fernando las bases que han de servir para el reglamento de las academias provinciales. Estas deberán tomar el nombre de juntas académicas de Nobles Artes, y subsistirán en Barcelona, Sevilla, Valladolid y Zaragoza y algunas otras capitales donde por la afición a las Bellas Artes ó circunstancias históricas deban conservarse.

Esta noche habrá junta general en el Ateneo para firmar las cartas de felicitación dedicadas a los marinos Sres. Mendez Nuñez, Pezuela, Lobo y Antequera, individuos de aquella corporación.

La Real Academia de San Fernando ha emitido ya su informe acerca del proyecto de pedestal para las estatuas de los célebres pintores Velázquez y Murillo, que el ayuntamiento intenta colocar frente al Museo de pintura.

Leemos en un periódico:

«Bádmaj prepara un digno recibimiento a la Real familia. La estación del ferro-carril se decora con esquisito esmero, así como el tránsito desde ella a la ciudad. Mástiles en todo el trayecto, y el puente sobre el Guadiana se cubrirá de arcos de follaje. Para facilitar el tránsito, cuyo piso no parece ser cómodo, se enarenará todo. El Campo de San Juan, que es la plaza principal de la ciudad, está convertida en activo taller. Se levanta en ella un tablado para la música; y al mismo tiempo se trabaja para el decorado de la Casa-Consistorial, destinada a alojamiento de S. M.

También el Casino hace reformas notables, y en muchas casas particulares se están disponiendo a recibir a los ministros que han de acompañar a los Reyes a Lisboa. Prepara bailes y otras fiestas análogas. En la noche del 10 se quemará en el Campo de San Juan un castillo de fuegos artificiales que ya se han encargado a un prociénico de esta corte. Espérase gran afluencia de viajeros de las provincias limítrofes con motivo de la visita de la familia Real.

Antes de ayer a las siete y media de la noche falleció en esta corte el Excmo. señor duque de Veragua, vice presidente que ha sido del Senado, y que a la sazón lo era del Real consejo de agricultura.

Hoy a las diez de la mañana se ha celebrado en la parroquia de San José el funeral por el eterno descanso del alma del finado, y a las doce ha sido trasladado el cadáver al cementerio.—R. I. P.

El cable trasatlántico sigue funcionando con toda regularidad. La línea desde San Francisco de California a Rusia, cruzando por Siberia y el estrecho de Behring, se acerca rápidamente a su conclusión, y ahora vamos a tener una nueva línea de comunicación entre ambos mundos. Esta línea principiará en Escocia, cruzará por las islas de Faroe, Islandia y Groenlandia, y terminará en la costa de Labrador. Se la designará con el nombre de telegrafo-transatlántico del Norte, y su longitud total será de 1780 millas repartidas de este modo: desde Escocia a las islas de Faroe, 250; desde Faroe a Islandia, 240; desde Islandia a Groenlandia, 750; desde Groenlandia a Labrador, 540.

He aquí el precio de los granos y legum-bras en algunas de las principales plazas de España:

Burgos, 2 de Diciembre.

Trigo mocho regular y de 29 libras, de 44 a 46 reales fanega.
Idem alaga de 39 a 40 libras, de 45 a 46 id.
Cebada, de 63 a 69 libras, de 22 a 25 id.
Comuna, de 26 a 28 id.
Avena, de 16 a 17 id.
Lentejas, de 54 a 56 id.
Yeros, de 26 a 29 id.
El movimiento de todo el mes próximo pasado está reducido a la venta de 20 a 50,000 fanegas de trigo mocho que han salido por el ferro-carril para diferentes puntos.

Medina del Campo, 2.

Trigo al detall por punto general, a 47 rs. las 34 libras.
Cebada, a 22 rs. fanega.
Algarrobas, a 15 id.
Centeno, a 25 id.
Guisantes, a 27.

Valladolid, 5 de Diciembre.

En el Canal.—Entrada de hoy sobre 500 fanegas al precio de 47 a 48 rs. según clase.
En los almacenes de Solillo.—Han entrado 100 fanegas de trigo que se colocaron de 47 a 48 reales las 34 libras.

Sevilla, 29 de Noviembre.—El aceite ha bajado.

Precios fuera de la alhóndiga.

Trigos fuertes.....rs. fan 55 a 57
pintones.....55 a 57
tremés.....46 a 48
Cebada.....29 a 32
Garbanzos buenos.....160 a 200
Harinas de Santander de 1.ª arb.....00 a 22
Idem de idem de 2.ª.....20 a 24
Barcelona, 1.ª de Diciembre.—Harinas.—Empezó la semana con precios muy sostenidos y surtiéndose el consumo, con tal motivo, lentamente. Luego recalcó este, viéndose la animación y alza de las plazas extranjeras, que podían avisar favor de nuestros puntos productores y entró resuelto a comprar, habiéndose efectuado ajustes de alguna importancia para recibir en este mes y el entrante, particularmente en primeras de Aragón, las que principiarán a los precios de 72 a 74 rs. para quedar a 76 rs. quintal en el depósito del Cíot. Las de segunda de esta procedencia de 70 a 72 rs., según clase, el quintal.

Respecto a las primeras de Castilla, hay muy pocas existencias, y se han cotizado en la plaza de 76 a 80 rs., y las clases más superiores a 82 y 85 reales, y las de segunda de 70 a 75 rs. el quintal. El mercado cierra bien sostenido a estos precios.

Alhucuelas. Los muchos arribos que hemos tenido han motivado alguna flojedad en los precios; de suerte, que las clases superiores en Valencia se han colocado de 80 a 82 rs. y las bajas, y de Burriana han valido de 72 a 76 rs. la cuartera.

Maíz. A pesar de ser cortas las existencias, es difícil vender de 44 a 44 1/2 rs. la cuartera. A estos precios se han detallado dos partidas procedentes de Tortosa, de clase superior.

Trigos. Como no hay existencias en candel de la Mancha, no podemos señalar operación ninguna en los mismos. Sus precios, sin variación, continúan de 70 a 72 rs., y por jeas de 64 a 65 rs. la cuartera.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Ambrosio Obispo y Doctor.—Abstinencia.

SANTO DE MAÑANA. La fiesta de la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora.—Jubileo en las iglesias de la advocación de Nuestra Señora.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de monjas Capuchinas, donde por la mañana habrá Misa mayor y sermón, y por la tarde letanía, salve y reserva.

Se celebrarán solemnes funciones a María Santísima en su Inmaculada Concepcion, y serán oradores: en la capilla Real, D. Godofredo Ros Riosca; en Santa Cruz, D. Manuel García Menéndez; en el colegio de San Antonio de los Portugueses, don Vicente Pastor; en las Trinitarias, D. Manuel Uribe; en San Francisco, D. Basilio Sánchez Grande; en las beatas de San José, D. Leopoldo Briones; y en San Ildefonso, San Luis, San Martín, Descalzas Reales, Concepcion Francisca y en las Calatravas, otros señores oradores.

Terminan las novenas de María Santísima de la Concepcion, y serán oradores: en la Concepcion

Gerónima, D. José Rizo Mora en la Misa mayor, y D. Pablo Morso en los ejercicios de la tarde; en San Antonio del Prado, D. Vicente Pastor y don Castor Compañía; en San Andrés, D. Raimundo Carrillo y D. Basilio Sánchez Grande; y en San Gines, D. Silvestre Rougier.

En la iglesia de los Italianos es el segundo día de la novena de Nuestra Señora, y predicará por la mañana D. Bonifacio Peña, y por la tarde don Isidro de la Fuente y Almazan; en San Francisco y en los oratorios del Olivar y del Espíritu Santo también se celebrarán funciones y novenas a Nuestra Señora de la Concepcion.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora de la Concepcion en San Pedro y en las Capuchinas, ó la Medalla Milagrosa.

Se reza de la presente festividad de Nuestra Señora, con rito doble mayor de primera clase, con octava, y color blanco ó verde, haciéndose conmemoración de la Feria.

LOTERIA NACIONAL.

LISTA DE LOS NÚMEROS PREMIADOS EN EL SORTEO CELEBRADO EL DÍA 6 DE DICIEMBRE DE 1866.

Con 50,000 escudos.....7612
Con 20,000 id.....9255
Con 3,000 id.....4949

Con 2,000 escudos.....

Con 1,000 escudos.....

Con 400 escudos.....

Con 200 escudos.....

Con 100 escudos.....

Con 50 escudos.....

Con 25 escudos.....

Con 10 escudos.....

Con 5 escudos.....

Con 2 escudos.....

Con 1 escudo.....

Con 50 céntimos.....

Con 25 céntimos.....

Con 10 céntimos.....

Con 5 céntimos.....

Con 2 céntimos.....

Con 1 céntimo.....

Con 50 milésimos.....

Con 25 milésimos.....

Con 10 milésimos.....

Con 5 milésimos.....

Con 2 milésimos.....

Con 1 milésimo.....

Con 500 milésimos.....

Con 250 milésimos.....

Con 100 milésimos.....

Con 50 milésimos.....

Con 25 milésimos.....

Con 10 milésimos.....

Con 5 milésimos.....

Con 2 milésimos.....

Con 1 milésimo.....

6836 6725 6760 6767 6801 6866
6904 6951 6976
7007 7085 7116 7155 7160 7184
7189 7206 7208 7232 7256 7277
7291 7252 7257 7267 7277 7299
7318 7400 7411 7550 7551 7557
7592 7655 7644 7656 7667 7719
7770 7857 7854 7905 7916 7939

8006 8046 8063 8076 8078 8129
8165 8172 8250 8257 8247 8325
8381 8384 8389 8407 8414 8437
8456 8507 8512 8555 8595 8605
8653 8640 8653 8715 8724 8762
8781 8785 8809 8856 8854 8886
8894 8892 8901 8910 8911 8927
8958 8999

9002 9006 9017 9056 9072 9074
9108 9174 9215 9219 9225 9269
9319 9340 9345 9346 9363 9384
9461 9463 9488 9497 9521 9553
9564 9589 9593 9650 9645 9685
9691 9742 9756 9757 9759 9764
9828 9854 9846 9851 9869 9871
9877 9903 9921 9950 9951 9970
9945 9969

10014 10029 10061 10075 10202 10247
10525 10552 10417 10455 10480 10512
10538 10617 10644 10689 10700 10725
10750 10776 10785 10785 10957 10990

11005 11038 11046 11047 11078 11079
11097 11098 11101 11114 11119 11143
11189 11192 11263 11315 11320 11362
11578 11579 11584 11599 11600 11619
11625 11635 11647 11645 11669 11681
11688 11616 11629 11649 11665 11708
11771 11795 11815 11821 11849 11870
11887 11950 11959 11963 11981 11999

12015 12016 12021 12056 12103 12170
12196 12197 12244 12255 12264 12279
12501 12508 12555 12541 12546 12592
12625 12678 12521 12523 12571 12575
12590 12596 12592 12618 12669 12671
12725 12730 12731 12791 12805 12828
12852 12890 12899 12929 12959 12956

13049 13050 13055 13065 13071 13077
13097 13100 13116 13129 13161 13165
13179 13205 13281 13289 13501 13505
13509 13514 13525 13538 13599 13629
13645 13676 13620 13640 13665 13669
13690 13698 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699

13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699
13699 13699 13699 13699 13699 13699